

Prólogo

Londres, 1883

Lady Berkshire se detuvo a la salida de su dormitorio, a plena luz de la tarde, y se cerró la bata sobre el voluptuoso cuerpo desnudo. Apoyándose en el marco de la puerta y suspirando de satisfacción, le pasó el abrigo a su amante.

—¿Vuelves el jueves?

Él sonrió, alto, magnífico, con su dorado pelo desordenado y de un largo pasado de moda, hasta los hombros. Su pícaro encanto llenaba el corredor como un rayo de sol, radiante y cálido.

Lady Berkshire, todavía arrebolada por las placenteras actividades de la tarde, se derritió como mantequilla ante esa sonrisa, porque acababa de experimentar de primera mano la validez de los rumores que había oído.

Sí, todo era cierto. El bello marqués tenía un don especial para el erotismo, una inagotable energía en el dormitorio, un talento especial para hacer el amor con prodigalidad.

Él era Seger Wolfe, marqués de Rawdon, y en opinión de las damas a las que les gustaba hablar en susurros en los rincones oscuros de los salones de Londres a última hora de la noche, era el más codiciado amante de Inglaterra.

Con sus atractivos ojos verdes, que reflejaban una encantadora

sonrisa de niño, la observó bajar la esbelta mano por el cuello y la clavícula, esperando ansiosa su respuesta.

—El jueves tengo que atender un asunto que no se puede dejar para otro día —dijo.

—¿El viernes, entonces? Tendré fresas.

En su melodiosa voz, con la que pretendía tentarlo, se detectaba una súplica.

Él sopesó con cuidado la invitación. No tenía la costumbre de ver a ninguna mujer más de dos veces la misma semana, y jamás, bajo ninguna circunstancia, en exclusiva. La mayoría de las mujeres percibían sus límites simplemente por intuición. Comprendían que no debían pedir ni volverse posesivas si deseaban que él volviera otro día, lo que, invariablemente, deseaban.

Debido a su capacidad para dar más de lo que tomaba, todas lo aceptaban.

Hizo una inspiración profunda y suspiró, sorprendido por el repentino malestar que sentía, tan insólito en un momento como ese.

Lady Berkshire avanzó un paso hacia él, seductora, le cogió la mano, se la levantó y le lamió y succionó el índice.

—¿Por favor?

—Tal vez el viernes —dijo él, en voz baja.

A lady Berkshire se le iluminó la cara de ilusionada expectación.

—El viernes, entonces.

Dicho eso entró en su dormitorio y cerró suavemente la puerta.

Seger se quedó un momento contemplando el largo corredor desierto, pensando en la extraña reacción que acababa de tener. Últimamente echaba en falta algo en su habitual entusiasmo para citas como esa, lo cual no tenía ninguna lógica. Lady Berkshire era una pareja hábil y entusiasta entre las sábanas. Los orgasmos de esa tarde habían sido abundantes e intensos, para los dos.

Continuó fuera de la puerta, mirándola. Entonces cayó en la cuenta. Ya no recordaba cómo era hacerle el amor a una mujer porque la amara.

A ella.

Hizo una honda inspiración. Pardiez. ¿Cuánto tiempo hacía de eso, y por qué se le ocurría pensar en ello en ese momento?

Condenación, sí que sabía cuánto tiempo hacía, con los meses y los días. Poco menos de ocho años. Sí.

Afortunadamente, ocho años de encuentros y relaciones sexuales superficiales, con la única finalidad del placer, le habían borrado todos los recuerdos de ella, y eso lo alegraba. No tenía ningún sentido pensar en ellos. Ella no iba a volver; la muerte es inexorable en ese aspecto.

Se abotonó el abrigo y echó a caminar, diciéndose que esa sensación de insatisfacción se le pasaría, tal vez con la misma rapidez con que se le había instalado. Todo estaba bien, como había estado esos ocho últimos años. Estaba contento, satisfecho. Sabía gozar y gozaba. Encontraba placer en las mujeres y a cambio les procuraba inmenso placer. Le gustaba la superficialidad de su vida y de sus relaciones. Las mujeres con las que se relacionaba estaban siempre alegres y sonrientes. Nada era jamás complicado, molesto ni penoso.

Para ser franco, no sabía si sería capaz de comprender las emociones más profundas de una mujer ni aunque lo deseara.

Y no lo deseaba, no, de ninguna manera.

Bajó la escalera y con firme resolución expulsó de la mente esos pensamientos. No le hacían ningún bien.

Salió por la puerta principal de la elegante casa londinense, miró a uno y otro lado de la calle y la cruzó en dirección a su coche, que lo esperaba unas casas más allá.

Recordó que esa noche había mucho que esperar con ilusión. Iba a asistir a un determinado baile, a un baile Cakras, que, como siempre, prometía un seductor festín para los sentidos. Esa era justamente la distracción que necesitaba. Sin duda se encontraría con un buen número de mujeres interesantes. Mujeres hermosas. Mujeres aventureras.

Subió en su coche, haciéndole un gesto al cochero para que emprendiera la marcha. La expectación de la noche que lo aguardaba le aceleró la sangre.

Capítulo 1

La Temporada de Londres Mayo de 1883

Mi queridísima Adele:

Ha llegado por fin el momento; ya tengo prácticamente encima mi primer baile en Londres. No te puedes imaginar cómo me tiemblan las manos al pensar que no encajaré, que todos me calarán al instante y verán que no soy una de ellos.

Claro que espero que no me ocurra eso, porque deseo formar parte de la sociedad de aquí, disfrutar de los paseos diarios a caballo por Rotten Row, las recepciones, los almuerzos, las veladas en el teatro. Hasta el momento ha sido una experiencia agotadora pero gloriosa, Adele, aunque debo reconocer que me ha frustrado un poco la superficialidad de las personas que he conocido.

Sí, ya sé que eso era de esperar. Al fin y al cabo estoy en Inglaterra, y aquí la gente es extremadamente reservada. Supongo que mi frustración tiene sus raíces en lo que me ocurrió con Gordon hace dos años. Debo de ser una rareza. Siento ansias de aventura, y mi corazón la desea, sin embargo, sé lo peligrosa que puede ser.

Buen Dios, creo que debo empeñarme en dejar atrás y olvidar ese error si quiero vivir una vida decente y virtuosa. Es de

esperar que mi corazón no se haya vuelto demasiado complicado para este lugar tan distinguido. A veces me resulta difícil simplemente esbozar una sonrisa y portarme como una chica bonita, que es lo que se espera de mí. Anhele algo más profundo; algo más sincero, franco.

Desde luego, esto va a ser todo un reto.

Tu hermana que te quiere
Clara

Ya retrasada para su primer baile en Londres, que iba a ser evidentemente el más importante de su vida, Clara Wilson estaba en la puerta de la salita de estar de su hermana, observando a la señora Gunther, su acompañante y carabina, que estaba junto al escritorio de caoba revisando un montón de invitaciones apiladas en una bandeja de plata.

—Estoy segura de que es una de estas, tiene que serlo —dijo la señora Gunther, haciendo un movimiento brusco con el que cayeron unas cuantas tarjetas sobre el escritorio.

La señora Gunther era una mujer leal, de sólidos principios, la única persona digna, en opinión de su madre, para confiarle el papel de su acompañante y carabina en Londres. Era una distinguida matriarca en la sociedad de Estados Unidos, y procedía de una prestigiosa familia con dinero «muy viejo», pero, por desgracia, su memoria ya no era lo que fue en otro tiempo.

—La casa estaba en... Belgrave Square o por ahí cerca —continuó la señora—. Me acuerdo cuando Sophia lo explicó.

Sus pequeños tacones resonaron sobre el suelo de mármol y luego se hundieron en la mullida alfombra cuando Clara atravesó el cuarto para ir a mirar por encima del hombro de su carabina. Estaba segura de que esa noche había un buen número de bailes «por ahí cerca» de Belgrave Square.

Tenían que encontrar pronto la invitación, porque ya llegaban tarde.

—¿Puedo hacer algo para refrescarle la memoria, señora Gunther?

La señora Gunther continuó pasando invitación tras invitación.

Todas se veían iguales: tarjetas rectangulares color marfil, con grandiosos títulos impresos en caprichosas letras de imprenta, y todas estaban dirigidas a Sophia, la hermana mayor de Clara.

Hacía tres años, Sophia fue la primera heredera norteamericana que se casó con un duque. Tanto ella como James, su marido, eran inmensamente populares entre los asiduos visitantes de Marlborough House, y jamás había escasez de reuniones sociales a las que asistir en cualquier momento dado. Lógicamente, eso hacía más difícil aún la tarea de encontrar la invitación correcta.

—Baile de los Wilkshire, los Devonshire, los Berkley —enumeró la señora Gunther—. No, no, no. Los Allison, ¿podría ser este? Espera, lord y lady Griffith, ¿era ese?

Y así continuó barajando nombres la señora Gunther y las esperanzas de Clara bajaron en picado, lo que le formó un desagradable nudo en el vientre. Todo dependía de esa única noche, y si no llegaba a tiempo a ese baile, era posible que no hubiera una segunda oportunidad. Porque, siendo la más reciente de las herederas norteamericanas que llegaban a invadir el aristocrático Londres, tenía que aprobar un examen; para ser aceptada y bien acogida en la sociedad británica tenía que lucirse en un salón de baile y ganarse la aprobación del príncipe de Gales. La otra alternativa era volver a Nueva York, donde su posición en la sociedad era frágil, por decirlo con suavidad.

Se dio una sacudida mental para quitarse la inquietud; esa noche no podía permitirse tener la mente congestionada por celos y malos sentimientos. El pasado estaba en el pasado; era hora de caminar hacia delante.

—Ah, aquí está —dijo entonces la señora Gunther, volviéndose hacia ella y pasándole una invitación—. El baile de los Livingston, en Upper Belgrave Street. Estoy segura que es este. Ya podemos irnos, entonces, querida mía.

Soltando el aliento que, sin darse cuenta, tenía retenido, Clara se pasó la mano enguantada por el encaje antiguo que adornaba su vestido francés de seda, y luego se tocó la brillante gargantilla de diamantes y perlas que le adornaba el cuello. Seguida por la señora Gunther, salió de la sala de estar, con la preciada invitación segura en su mano.

Pasado un momento salieron de la muy iluminada mansión a la oscuridad y quietud de la noche. Con sus capas abotonadas en el cuello y los abanicos de marfil colgando de sus muñecas, bajaron la escalinata de piedra en dirección al coche.

Al poner el primer pie sobre la acera, a Clara se le quedó enganchado el tacón en una grieta y estuvo a punto de caerse. La invitación salió volando de su mano, y ella chocó de costado con un lacayo alto de lujosa librea, que la sujetó y enderezó antes que se hubiera dado cuenta de su presencia ahí.

Ya recuperado el equilibrio y con los dos pies firmes dijo:

—Caramba. ¡Gracias! Qué conveniente, por cierto, que estuvieras justo en este lugar.

El joven asintió, con la cara pétrea, sin siquiera un asomo de sonrisa. Estos ingleses, pensó Clara, suspirando.

Ojalá las personas que conociera esa noche tuvieran un poco más de personalidad; algo de sentido del humor, por lo menos.

Recogió la tarjeta, la miró con más atención y se la enseñó a la señora Gunther apuntando con un dedo:

—¿Qué significa este símbolo de la esquina?

La mujer entrecerró los ojos y miró la pequeña figura triangular sobre la que estaban impresas las letras SMC.*

—No lo sé. Se lo preguntaré a Sophia cuando la veamos.

El lacayo les ofreció el brazo para ayudarlas a subir al coche negro con guarniciones de plata y blasón, y luego subió de un salto en la parte de atrás. El coche se puso en marcha y viró en dirección a Belgravia.

Al cabo de un corto trayecto, el coche se detuvo delante de una magnífica mansión, tan iluminada que resplandecía como una joya en la oscuridad de la noche. Hasta ahí llegaba el sonido de la música de orquesta. Por las ventanas se veían pasar parejas, girando al compás de un vals de Strauss.

Sintiendo chisporrotear en las venas una mezcla de exultación y temor, Clara se recogió la falda de seda y bajó a la acera detrás de la señora Gunther.

* Estas iniciales corresponden a la traducción. En inglés son MWO. (*N. de la T.*)

Recorrieron el corto camino de entrada empedrado y subieron la escalinata hacia la puerta principal cubierta por un imponente pórtico.

Bajo el pórtico había un hombre calvo y de hombros anchos, con un pendiente en una oreja, que, al aproximarse ellas, se puso delante de la puerta, que estaba cerrada.

La señora Gunther levantó y echó atrás los hombros de esa manera altiva tan propia de ella, habilidad que había perfeccionado hasta el punto de convertirla en ciencia.

—Venimos al baile —dijo, con su mejor voz matriarcal y arqueando una ceja en gesto amedrentador.

—¿Tienen invitación?

La retumbante y ronca voz del hombre no intimidó a la señora Gunther. Sin dejar de mirarlo a los ojos, sacó la tarjeta de su brillante monedero de plata.

—Tenga.

Él miró la tarjeta, luego levantó la vista y con los ojos entrecerrados las examinó a cada una por separado. Clara sintió un escalofrío de miedo, como si estuvieran a punto de ser rechazadas. ¿Así iba a comenzar su temporada en Londres? ¿Un fracaso incluso antes de poner los pies en el umbral de la puerta?

—¿Americanas? —preguntó el hombre, en un tono que denotaba cierta desconfianza.

—Sí —contestó la señora Gunther.

—Van a ser una novedad, entonces —dijo él, haciéndose a un lado y abriéndoles la puerta—. Encontrarán máscaras en la mesa de roble justo a la entrada.

—¿Máscaras? —repitió la señora Gunther, mirándolo incrédula.

Clara le dio un codazo para que entrara de una vez, no fuera a quedarse ahí haciendo más preguntas acerca de las máscaras; no quería que parecieran raras, ignorantes de los usos. Deseaba encajar.

Cuando ya estaban dentro, la señora Gunther comentó:

—No me ha gustado nada ese hombre.

—A mí tampoco. Me sentiré mucho mejor cuando veamos a Sophia y James.

Muy cerca de la puerta vieron un gran jarrón de cristal lleno de carretas y antifaces. Clara eligió un antifaz color crema, que haría resaltar los visos rojizos de su pelo castaño.

Cuando se estaban poniendo los antifaces pasó una mujer junto a ellas, y Clara habría jurado que no llevaba corsé. Se la quedó mirando boquiabierta, y a punto estuvo de comentárselo a la señora Gunther, pero prefirió no decir nada; sin duda se había equivocado.

Entraron en el tocador y guardarropa a lavarse las manos y refrescarse. Después subieron y atravesaron el magnífico salón principal, que estaba atestado, en dirección al salón de baile.

En el instante en que Clara puso un pie dentro, se le elevó el ánimo. Se relajó y salieron volando de su cabeza todas las reglas que había estado repasando mentalmente y todas las posibilidades de errores que temía cometer, porque el salón era francamente deslumbrante. Las parejas giraban por la pista formando vivas pinceladas de color y brillo. La música parecía celestial, tan hábiles eran los músicos, y las damas y caballeros se veían elegantes y felices.

Pasó un lacayo con una bandeja con copas de champaña y se detuvo ante ellas a ofrecerles una.

La señora Gunther declinó negando con la cabeza y agitando una mano. El hombre frunció el entrecejo y las miró como si tuvieran antenas.

—Deben servirse —dijo, en tono amable, acercándoles nuevamente la bandeja—. Lord Livingston se sentirá decepcionado si no prueban su champaña.

Clara, que seguía empeñada en encajar, cogió una copa del burbujeante vino y bebió lentamente un trago, paladeando su delicioso sabor y disfrutando del agradable calorcillo que le recorrió todos los miembros. El lacayo le hizo un guiño y se alejó.

—¿Ha visto eso? —le dijo, extrañada, a su carabina.

La señora Gunther le tocó el brazo.

—¿Qué has dicho, querida? Ay, Dios, no tienes tarjeta de baile.

Detuvo a una mujer que pasaba por allí y se lo preguntó.

Clara decidió no decir nada sobre el guiño del lacayo.

La mujer, que llevaba un antifaz blanco y negro adornado con plumas y un vestido granate guarnecido con cintas de terciopelo, se echó a reír.

—Aquí no nos molestamos en saber los nombres —dijo, y continuó su camino.

De repente, Clara se sintió como si hubiera caído detrás de Alicia en la conejera.

—Tal vez se debe a que va a venir el príncipe —dedujo la señora Gunther—. Dicen que no es tan remilgado como su madre, y que prefiere alternar con los amantes de los placeres.

—¿Y si alguien me pide un baile? —susurró Clara—. ¿Cómo se harán las presentaciones?

—Al parecer aquí nadie se molesta en hacer presentaciones —murmuró la señora Gunther, paseando preocupada la vista por el salón, y luego añadió con su tono altivo—: Esto es muy indecoroso. ¿Dónde está Sophia? Me gustaría que nos explicara qué se espera...

En ese instante se les aproximó un joven caballero con unos anteojos de montura de oro e hizo una venia ante Clara.

—¿Me concede el honor de un baile?

Clara miró a la señora Gunther, que titubeó por la informalidad del hombre, pero luego asintió, aunque de mala gana. A Clara la sorprendió que su vigilante le permitiera bailar sin haber hecho las debidas presentaciones, pero supuso que la pobre se sentía tan nerviosa y fuera de lugar como ella, y no quería que lo notaran esos señores y damas tan eminentes.

Así pues, para no desafiar a su carabina, permitió que el caballero le quitara de la mano la copa y la dejara en una mesa, y luego aceptó su mano enguantada y caminó a su lado hasta la pista de baile. Bailaron un vals (hasta el momento no había visto bailar ningún otro tipo de danza), y cuando terminó, él la acompañó de vuelta hasta donde estaba la señora Gunther, le dio las gracias y se alejó.

—Ha sido agradable —le comentó Clara a la señora Gunther—, pero esto no es en absoluto como lo explicó Sophia. Me dijo que aquí la exigencia de refinamiento social es igual si no peor que en Nueva York, y que lo pasó terriblemente mal. Ese hombre ni siquiera sabía mi nombre ni yo el de él. —Se le acercó más y susurró—. Algunos caballeros no llevan guantes. Mire a ese hombre.

Pasó otra pareja cerca de ellas girando por la orilla de la pista.

La señora Gunther alzó el mentón en gesto altivo.

—No sé adónde va a ir a parar el mundo. Puede que nos estemos acercando al final del siglo, pero no creo que la sociedad deba actuar de esta manera tan poco civilizada, sean nobles o de otra clase. Vamos, en uno de mis bailes...

Justo en ese instante entró en el salón de baile un caballero alto e imponente y la atención de Clara se desvió de la perorata de su carabina sobre modales y reglas sociales y se posó ligeramente en ese hombre que se había detenido muy cerca de la puerta. Vestía frac y pantalones negros, camisa, chaleco y corbata blancos, y llevaba el pelo, dorado y ondulado como trigo maduro acamado por el viento, de un largo muy pasado de moda; le llegaba a los hombros. Entonces él echó a caminar por un lado de la pista, con las manos cogidas a la espalda, y movió la cabeza de un modo muy arrogante para quitarse de la cara un dorado mechón errante.

Llevaba un antifaz negro que hacía juego con su atuendo, y por lo tanto sólo se le veían el mentón y la boca. Una boca hermosa, por cierto, pensó Clara, observándolo caminar y saludar con una inclinación de cabeza y una sonrisa a un caballero que pasó por su lado. Una boca de labios llenos y dientes blancos perfectos. En el centro del mentón tenía un hoyuelo, y las mandíbulas se veían firmes y de marcados contornos.

Sin dejar de mirarlo, bebió otro trago de champaña.

Él debió sentir su mirada, porque paseó la suya por el salón y la detuvo adrede en ella.

Se miraron un largo rato, tan largo que llegó al extremo de ser indecoroso, pero Clara no lograba desviar la vista. Y no era que se sintiera valiente ni osada; todo lo contrario, se sentía aturdida y totalmente atascada, como una mariposa con sus delicados pies enganchados en la miel.

Caramba, es guapísimo. En las inexploradas profundidades de su ser lo supo, aun cuando él llevaba antifaz.

Él no perdió ni un segundo. Echó a andar haciéndose un sendero por el salón, en dirección a ella, sin desviar los ojos de los suyos ni un solo momento. Ella hizo una corta inspiración entrecortada, indife-

rente a lo que fuera que continuaba hablando la señora Gunther. Lo único que podía hacer era observar a ese hombre hermoso, de hombros anchos, que avanzaba como un león por el salón, con su andar lento, seguro e indolente.

Él se detuvo ante ella y, sin decir nada, le tendió la mano.

La señora Gunther dejó de hablar. Vio la mano enguantada a un lado de ella y giró la cabeza para mirar al hombre al que pertenecía. Él se limitó a hacerle una inclinación con la cabeza y levantó más la mano, para sacar a Clara de su estupor e indicarle osadamente que deseaba bailar con ella.

La señora Gunther miró en absoluto silencio a ese increíblemente magnífico caballero. Clara sólo pudo suponer que su carabina estaba enganchada en la miel también, porque tenía los labios entreabiertos pero no le salía ninguna palabra de la boca.

Y poniendo la mano sobre la de él, y sin ningún tipo de presentación, se dejó llevar hasta la pista.

Se cogió la cola del vestido, la puso sobre el brazo, lo miró a los ojos, y comenzaron armoniosamente el vals. Ya habían dado unas cuantas vueltas por la pista en silencio cuando él dijo:

—Es una cara nueva en uno de estos bailes.

—Acabo de llegar de Estados Unidos —contestó ella.

Le habría gustado añadir «milord», o «sir», o tal vez incluso «excelencia», pero puesto que no se habían presentado, no sabía cómo llamarlo.

Él curvó los labios en una sonrisa que pareció de agradable sorpresa.

—Estados Unidos, dice. Permítame ser el primero en darle la bienvenida. Es vivificante conocerla.

—Gracias —dijo ella, algo desconcertada por su elección de palabra.

No era así como se había imaginado que comenzaría esa noche.

—Estoy de visita en casa de mi hermana.

Él no le preguntó quién era su hermana.

Continuaron el baile, girando por la pista con movimientos tan fluidos que ella no se sentía en absoluto mareada. Su pareja era con mu-

cho el bailarín más experto que había conocido. Su mano, aunque muy ligeramente posada en su espalda a la altura de la cintura, la sostenía firmemente y la llevaba por la pista como si ella fuera polvo feérico.

Cuando terminó el vals se detuvieron cerca de un enorme helecho plantado en una maceta. La orquesta inició otro vals, uno más lento, y él inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Bailamos otro?

Nuevamente la sorprendió esa descarada falta de respeto a las reglas de la etiqueta. Él debería acompañarla hasta donde estaba su carabina. Miró hacia la señora Gunther, que estaba haciendo todo lo posible por parecer tranquila, sin conseguirlo. Entonces recordó el viejo dicho «Donde fueres haz lo que vieres» y decidió que simplemente seguiría el ejemplo de ese inglés.

—Será un honor.

Volvieron a ponerse en posición, y ella sintió pasar un estremecimiento de excitación cuando él le rodeó la cintura encorsetada con su fuerte brazo y volvió a posar la mano en su espalda. Él la llevó hasta el centro de la pista, donde empezaron a girar a un paso más relajado.

—Debo decir que es usted una bailarina extraordinaria —comentó él, con voz profunda, seductora—. Ha sido una suerte que la haya encontrado yo antes que cualquier otro hombre. Creo que me gustaría retenerla.

Clara se rió.

—No puede retenerme.

—Ah, pero me gustaría poder hacerlo. Al menos hasta que se canse de mí y me mande a paseo.

Esa lisonja le produjo a ella una sensación de calor.

—Señor, está coqueteando conmigo muy desvergonzadamente.

—Porque soy un hombre desvergonzado, al menos como consecuencia de su exquisito encanto. Es innegablemente la criatura más interesante con que me he encontrado en toda la noche. En todo el año, para ser exactos.

Clara sintió arder las mejillas.

—No sé qué decir en respuesta a esos exagerados cumplidos. Ni siquiera me conoce.

—¿Exagerados? Infravalora su atractivo. Debería permitirme demostrárselo.

—¿Demostrarme qué?

—Que es exquisita.

Esa conversación quedaba totalmente fuera del campo de su experiencia, y aunque era estimulante de modos que sólo había soñado, era del todo incorrecta. Se instó a recordárselo a sí misma. Ese hombre era un absoluto desconocido. ¿Es que no se daba cuenta de la naturaleza escandalosa de esas lisonjas?

Pero, pese a todo eso, no logró decidirse a cambiar de tema.

—¿Cómo me lo demostraría?

Él pensó un momento.

—¿Cómo le gustaría que se lo demostrara?

Clara lo miró, dudando de poder hablar, aun en el caso de que supiera qué contestar a esa pregunta tan resbaladiza.

—Soy totalmente suyo —dijo él, con expresión franca y amistosa, una deliciosa diferencia de lo que había visto desde su llegada a Inglaterra—. Estoy a su disposición. Su humilde servidor, aquí para su placer.

Ella lo miró pasmada un momento y luego no pudo evitarlo; se echó a reír. Tal vez fue por los nervios.

—Nunca he conocido a nadie como usted.

¿Y quién era él, por cierto? Lo único que sabía es que era un hombre muy osado y muy distinguido. Todo en él era excitante, magnífico y señorial. Un esplendoroso cambio de lo vulgar y corriente.

—Mire alrededor —dijo él, mirándola—. Todos los caballeros que están en la pista han notado su presencia esta noche y desearían haberla visto primero. Cada uno está deseando que yo me esfume y la deje libre.

Clara miró alrededor. Los demás caballeros estaban simplemente bailando con sus parejas, no mirándola a ella.

—No veo nada de eso.

—¿No? ¿De qué otra manera se lo puedo demostrar, entonces? Ya sé. Tóqueme el corazón. Está acelerado.

Le apoyó la mano en su pecho y se la retuvo ahí. Firmemente.

Pasmada por ese acto de intimidad en medio del atestado salón de baile, y aturdida al sentir su duro pecho en la palma, trató de apartar la mano.

Él se la retuvo donde estaba. Sintió los latidos de su corazón. No lo tenía acelerado. Latía con tanta calma como un lago en una apacible noche.

Absolutamente seducida y medio sumergida en un lánguido aturdimiento, se equivocó en un paso.

Él la afirmó y continuó bailando sin perder el compás, extendiéndole el brazo y dejándolo como debía estar.

Clara sintió reseca la boca. En realidad, de repente le costaba respirar. ¿Ese hombre siempre tendría ese debilitante efecto en las mujeres? Si era así, la esperaba una comprometedor y tal vez muy difícil primera temporada si volvía a encontrarse con él.

Continuaron bailando y ella notó que él iba aminorando el paso, haciendo los giros cada vez más lentos a cada compás del vals.

Se sorprendió evitando mirarlo a los ojos. Él la había desconcertado totalmente con ese coqueteo.

Terminó el vals y la orquesta no inició otro. El sonido de pasar las páginas de las partituras llenó el silencio. Clara se tocó la mejilla, sintiéndose algo débil con el calor húmedo del salón. O tal vez era el profundo efecto de ese hermoso hombre lo que la hacía sentirse mareada.

Él notó su malestar con oportuna precisión.

—¿Le apetece beber algo fresco? Hay una jarra con ponche en el comedor.

—Por favor.

Él le ofreció el brazo y ella se dejó llevar a la sala contigua, en la que una larga mesa cubierta por un mantel estaba llena de bandejas con pastas para el té y bollos, enormes fuentes con coloridas frutas, platos con crema agria, torres de melocotones garapiñados, fuentes de plata con mariscos, quesos y carnes, pasteles, caramelos y fresas.

El caballero la llevó hasta la jarra con ponche, sirvió una copa y se la pasó. Ella ya había bebido tres tragos cuando se dio cuenta de que le quemaba la garganta. Tenía un sabor amargo, como el de algún tipo de licor.

Trató de tragar sin graznar ni hacer ninguna mueca, luego le sonrió amablemente y dejó con sumo cuidado la copa en la mesa. No iba a beber ni una gota más de eso, fuera lo que fuera. No quería acabar oliendo a destilería.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Sí, mejor. Aunque la garganta me quema un poco—. Trató de aclarársela—. Gracias —logró decir en apenas un chillido.

—¿Le gustaría ver el Fuseli?*

Está en el salón principal.
Ella volvió a tragar saliva y aclararse la garganta.

—No sé si debo alejarme de...

—No puede venir a la casa Livingston y no ver el Fuseli.

Clara miró su elegante boca, oyó el sonido de su seductora voz y sintió un zumbido en el fondo de las entrañas, junto con el deseo de seguirlo donde fuera que la llevara.

—Supongo que podría ir a echarle una ojeada.

—Echarle una ojeada. Qué expresión tan encantadoramente americana.

Nuevamente le ofreció el brazo, y ella fue con él al salón principal, resuelta a echarle una mirada al Fuseli, darle amablemente las gracias y pedirle que la acompañara de vuelta donde la señora Gunther.

Cuando entraron en el salón vio que había varias parejas hablando en susurros en los rincones, y el ambiente le dio la impresión de un sueño. Las damas parecían flotar como si estuvieran hechizadas por algo, y los caballeros hablaban en voz muy baja. Los antifaces le daban a todo un aire de misterio, como si todos debieran guardar un gran secreto colectivo.

Atribuyó esas extrañas percepciones a los pocos tragos de champaña y a esa ardiente bebida de la jarra de ponche.

Su guapo acompañante se detuvo delante de un cuadro que colgaba a un lado de una ancha escalera circular.

—Este.

Clara miró el cuadro.

* Henri Fuseli: Johann Heinrich Füssli, pintor suizo (Zurich 1741 - Londres 1825).

—Ah, *La pesadilla*.

Percibió que él le estaba mirando atentamente la cara.

—Veo que sabe de arte.

—Sí, aunque sobre este sólo he leído. No tenía idea de que fuera tan...

—¿Tan qué?

—Tan... —¿Se atrevería a decirlo? Miró los curvilíneos contornos de los pechos de la mujer dormida, ceñidos por su vestido, y su brazo lacio colgando hacia el suelo—. Tan erótico.

Contempló en silencio los detalles: el diablo sonriente, el caballo luminiscente que iba entrando en el dormitorio procedente de un mundo perverso.

Sentía a su lado el brillo de esos vivos ojos verdes, mirándola, observando su reacción ante la pintura.

Él se le acercó.

—Hay quienes dicen que este cuadro llega a los recovecos oscuros de la mente.

El calor de su aliento en la oreja le produjo un torrente de sensaciones que le puso la carne de gallina por todo el costado derecho.

Continuó mirando el cuadro y de pronto, sin decir nada, él se colocó detrás de ella. La sensación de su presencia en la espalda era más perturbadora que cualquier cosa que le inspirara la visión de *La pesadilla*, porque el hombre que tenía detrás era de carne y hueso, magnífico, hermoso, y sentía su aliento caliente en la nuca húmeda.

—Buen Dios, qué hermosa es —susurró él.

No habituada a esas lisonjas tan potentes y francas, Clara tuvo dificultades para respirar.

—Gracias.

—Su perfume es como el de las fresas.

Ella se giró a mirarlo y no pudo evitar fijar la vista en su antifaz, tratando de imaginarse cómo sería sin él. Tenía que ser el hombre más guapo de Londres. Tenía más encanto y atractivo que todos los hombres que había conocido en Nueva York y París.

—Ven conmigo, cariño —dijo él en voz baja.

Estaba sonriendo, como ese demonio sonriente del cuadro. Le co-

gió la mano y empezó a retroceder lentamente. Cautivada por el juguetón brillo de sus ojos y su encantadora manera de mirarla, como si fuera la mujer más hermosa del mundo, ella lo siguió por el lado curvo de la escalera.

De pronto, en medio de una niebla de aturdimiento, cayó en la cuenta, algo afligida, de que él la estaba llevando hacia el solitario rincón en penumbra que quedaba debajo de la escalera.